





LA CASA DE LOS CUATRO
PUNTOS CARDINALES



Ricardo J. Gómez Tovar

LA CASA DE LOS CUATRO
PUNTOS CARDINAES



Primera edición: enero de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ricardo J. Gómez Tovar

ISBN: 978-84-17548-32-2

ISBN digital: 978-84-17548-33-9

Depósito legal: M-28149-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A María José, por dar sentido a estas
y a todas las demás páginas*



Nóvel. n.s. [nouvelle, French.]
1. A small tale, generally of love.

SAMUEL JOHNSON (1755)
Diccionario de la Lengua Inglesa



¿Amar, decís? Es estar todo hecho de fantasía,
Todo pasión, vehemente anhelo todo;
Ser todo adoración, deber y obediencia;
Todo humildad, paciencia e impaciencia,
Pureza todo, todo prueba y acatamiento.

WILLIAM SHAKESPEARE
Como gustéis, Escena II, Acto V



SOL



CAPÍTULO I

La mansión, ceñida por un errático cinturón de brezales, bordeada en uno de sus lados por un minúsculo lago tomado como residencia de verano por una exigua colonia de patos, y marcada a fuego vivo por el rasgo de la lobreguez como esos rostros en los que ha dejado su impronta la viruela, estaba realmente situada en el oeste de la población, pero las gentes del lugar habían dado en llamarla la «Casa de los Cuatro Puntos Cardinales» porque su estructura arquitectónica, de un neogótico que parecía querer extender su masa de piedra y ladrillo en todas direcciones con sus elásticas formas rectangulares y sus torrecillas intrépidas, apuntaba hacia norte, sur y este mostrando una irreverente apatía por las coordenadas que rigen los parámetros de la geografía terrestre. Sin embargo, a pesar de sus ínfulas aéreas, de sus inclinaciones celestiales, aquella mansión de sombríos perfiles y sobreabundancia de chapiteles era conocida en toda la comarca, y en prácticamente todo el condado, por la historia de amor brutalmente interrumpida que había tenido lugar en sus interiores ahora enmudecidos por la sucesión de los años y la mutación de unos cuerpos todavía jóvenes en otros incipientemente ancianos dentro del orden natural que dictaba la periódica renovación del árbol genealógico de los Alderman. Los terrenos en los que campaba la mansión habían pertenecido a esta familia desde los tiempos en que Alfredo el Grande reunió los reinos de Wessex contra la amenazante influencia del Danelaw vikingo, y lo que había empezado siendo una vivienda similar a un granero de exuberantes dimensiones, típica

de los cánones de la primitiva arquitectura sajona, se había ido modificando gradualmente a través de los periodos Normando, Tudor, Estuardo y Georgiano hasta encontrar su apariencia definitiva bajo la dirección de William Charles Hadwick, oscuro arquitecto victoriano que plasmó en sus trazas los sueños de restauración neogótica que embellecieron la Inglaterra de mediados del siglo XIX. La mansión de los Alderman, por llamar de un modo menos mítico a la Casa de los Cuatro Puntos Cardinales, era ahora, a principios de la década de los sesenta del siglo XX, un espacio de energía en suspensión, ni vacío ni tampoco ocupado, una especie de casa del limbo que miraba hacia un destino aún pendiente de serle otorgado en esas alturas que tanta influencia habían ejercido en su ambiciosa concepción arquitectónica.

Esto no implicaba que la casa estuviese deshabitada. Un jardinero cojo y una sirvienta que ya había sobrepasado la edad límite de la jubilación servían como buenamente podían y esencialmente hacían compañía al señor de la casa, el último descendiente que quedaba con vida del antiguo linaje, aunque cualquiera que hubiese observado la interacción entre estos tres personajes que residían bajo el techo de la magna vivienda se habría dado cuenta de que los papeles de señor y sirvienta hacía mucho que habían caducado debido a la vejez propia de sus materiales, como por otra parte lo había hecho la madera carcomida de una sección de la barandilla.

Hugh Alderman, el señor y heredero de la Casa de los Cuatro Puntos Cardinales, no era un hombre orgulloso de su rancia estirpe ni tampoco un reducto de feudalismo en la Inglaterra azotada por los aires de modernidad de la década de los 60. Era simplemente un ser a quien los recuerdos no dejaban dormir. Podría muy bien haber abandonado la mansión tiempo atrás, y con ella los múltiples rincones y recovecos que tan bien conocía, y que habría sido capaz de reconocer al mero tacto y con los ojos vendados, los objetos que abigarraban casi con voluptuosidad paredes, techos y armarios, los volúmenes de aromática encuadernación que le contemplaban con aire un tanto dolido desde las estanterías de la ya

no tan frecuentada biblioteca, los blasones que en esta y aquella estancia le anunciaban como un pregón silente el abolengo de la familia que había habitado en ella durante siglos, los sonidos y olores diarios, adheridos a sus oídos y a su nariz con la persistencia de una capa de humedad o de moho, que de tan familiares que se habían hecho, evocaban sin quererlo los resortes de mil ecos de un pasado que todavía no se había cerrado para él. Podría muy bien haber dejado atrás todo aquello por el precio de un billete de tren para Londres, de un pasaje de avión para Nueva York o del corto trayecto en transbordador que le ayudaría a cruzar sobre las aguas de color azul cobalto del Canal de La Mancha, desde los calizos acantilados de Dover hasta la costa de Calais. Podría haberlo hecho, y tal vez así hubiese podido dormir plácidamente durante una noche entera, pero también era probable que el cambio de escenario no surtiera efecto alguno sobre su viejo y cansado organismo y la probabilidad, por pequeña que fuese, de que esto ocurriera le había animado a seguir permaneciendo como residente expectante de la mansión, aguardando a que se cerrara el círculo que su romanticismo todavía juvenil no había dejado cerrarse.

Sí, Hugh Alderman era un residente expectante de la casa familiar que le había visto nacer y, con toda probabilidad, también le vería morir. La expectativa era precisamente lo que aún mantenía un destello encendido en unos ojos cuyo color azul claro se había apagado hacía veinte años para transformarse en un gris de opacidad casi completa. La expectativa —y su hermana gemela la esperanza— mantenían en vigoroso estado de salud unos miembros que ya bien podrían mostrar muestras de decrepitud sin avergonzar a su titular y regeneraban con un sistema de irrigación continua la masa cerebral y los vasos capilares de un sesentón cuya lucidez y prodigiosa memoria sorprendían a propios y extraños. Lúcido no era un adjetivo con el que se hubiese descrito a sí mismo Hugh Alderman si se le hubiese pedido que así lo hiciera, y en este sentido podía recurrir a su bien engrasada memoria para buscar más de una circunstancia en las que el viejo terrateniente no se había

demostrado a la altura de semejante calificación. La memoria, ese amigo fiel pero delator que nunca le había abandonado, ni siquiera convirtiéndose en el espacio en blanco de la amnesia que se resiste a recordar el dolor o a visualizar una y otra vez el traspies, tal vez evitable, que se interpuso entre él y su felicidad absoluta, también se mantenía a la expectativa de algo o, más exactamente, de alguien. Este alguien siempre recordado, nunca olvidado ni siquiera en la brumosa amalgama de las vivencias que no paran de brotar en torno al corazón humano, había traspasado el umbral de la Casa de los Cuatro Puntos Cardinales por última vez veinte años atrás, un luminoso día de principios de junio que la mente de Hugh Alderman, contagiada por el virus rampante de la desazón, a veces trastocaba en fúnebre jornada de finales de noviembre. Tanto Duvvy, apelativo cariñoso de Devin Michaels, el jardinero de la propiedad, que a sus sesenta y tres años arrastraba una cojera cada vez menos disimulada desde que tuvo que arrojar a un lado de la cuneta para evitar que un joven conductor borracho le atropellara, como Meg, versión abreviada de Margaret Wallis, la cocinera y ama de llaves que hacía milagros por volver más habitable el ala sur de la mansión de los Alderman para los dos inquilinos que compartían aquel rancio espacio con ella, también recordaban la citada fecha de comienzos de junio con la frescura de un acontecimiento reciente, empapado aún del rocío intacto de la mañana en que se había producido. Ninguno de los dos hablaba de ello cuando Hugh Alderman estaba presente, y ni siquiera en sus conversaciones privadas sacaban a relucir el tema por precaución, para evitar herir la sensibilidad de un señor de la casa que les trataba de igual a igual y que, en el peor de los casos, se peleaba con ellos como pudiese hacerlo con un hermano. Duvvy y Meg sabían perfectamente que el latido de Hugh Alderman seguía conservándose tan joven en los sentimientos que su aparentemente avejentado corazón abrigaba hacia Janet Stratton, la mujer que estuvo a punto de convertirse en su esposa, como lo había podido estar en 1942. La prudencia les impedía hablar de ello, ya fuese en voz alta, en voz baja o a

media voz, pero nada podía evitar que cada uno por separado reviviese aquel momento, o los momentos de felicidad radiante que lo habían precedido, proyectados en la incólume pantalla de sus recuerdos.



CAPÍTULO II

Sin sus vidrieras, la catedral parecía una casa sin ventanas o un árbol sin ramas. Era una estampa mutilada de una porción de su belleza física, una Torre de los Vientos ateniense a la que le hubiesen sido arrancadas por despecho sus esferas de reloj, sus brújulas y sus veletas. La bomba más dañina había caído a unas cincuenta yardas de la *Warrior's Chapel*, destruyendo la capilla, la *Victorian Library* y los magníficos vitrales. Constituía una escena irreal contemplar el edificio despojado de aquellas fuentes de luz colorida, sin aquellas escenas acristaladas de devoción sacra, en desabrida semejanza a un barco varado sobre el lecho de una playa desierta, con el suelo del interior del templo cubierto de arena para su protección. En torno a la catedral, se abrían surcos en el suelo, horadando los sagrados jardines que armonizaban su precinto. No eran surcos de labranza, sin embargo, sino producto del impacto de los proyectiles arrojados por bombarderos alemanes en represalia por el ataque sobre Colonia, una ciudad alemana que hasta entonces ningún rencor había guardado contra Canterbury. El órgano de la catedral, al recibir la luz directamente, sin el filtro de color de los vitrales, parecía ser un vestigio de otra época, sus tubos estableciendo un grotesco contraste con las tuberías arrancadas por las explosiones que surgían de las calles destripadas a modo de serpientes enroscadas en extrañas posturas. Las bombas incendiarias, modernos dragones de mediados del siglo XX, habían caído también sobre el tejado de la catedral, pero los vigilantes de la *ARP* (*Air Raid Precautions*), defensores del patrimonio artístico y espiritual que el gran-

dioso edificio representaba para el pueblo inglés en particular y la humanidad en general, no habían pestañeado a la hora de arriesgar su vida para apagar el fuego de muerte que expulsaban sus fauces, arrojando las antorchas sobre los jardines del monumento para que terminasen de arder allí. La fachada de la preciosa puerta de St. Augustine's Gate, antiguo acceso a un monasterio medieval, había quedado indeleblemente marcada por la barbarie, al igual que Lady Wotton's Green y las casitas aledañas, borradas de un plumazo. La calle St. George era un reguero de casas y tiendas quemadas en el que, sobre los escombros de la Iglesia de St. George, pasto también de las bombas incendiarias, se erguía orgullosa de su propia valentía la torre del templo. La silueta del Hotel Royal Fountain no se divisaba ya en Margaret Street, sus ecos de los tiempos en que lo visitaba la Reina Victoria apagados para siempre. Buena parte del lado oriental de High Street había recibido el azote de los explosivos y el fuego, así como Stour Street, la calle a la que daba nombre el hermoso río que atravesaba la ciudad. El olor a quemado impregnaba todo el centro histórico de Canterbury y el aire que sus ciudadanos se veían obligados a inhalar estaba cargado de fino polvo y ceniza que lo hacían irrespirable. Cristales, escombros, tuberías informes, amasijos de hierros, cenizas y demás síntomas de una ciudad herida se veían a su vez envueltos por una densa cortina de humo, un velo de tinieblas que impedía la expansión del brillo de la luz verdadera. ¿Cuántas toneladas de destrucción habrían descendido del cielo de Kent, el mismo cielo que veía pasar bajo su manto a miles de peregrinos cada año, desde que este se viera iluminado por bengalas lanzadas en paracaídas por más de una docena de bombarderos alemanes, poco antes de que empezara el caos? ¿Cuántas personas habían perdido su hogar bajo aquel cielo que las vio construirlo? ¿Cuántas habían acudido a la cripta de la catedral en busca de santuario? ¿Cuántas habían perdido su negocio, su lugar de trabajo? ¿Cuántas habían perdido la vida bajo el mismo cielo que las vio venir al mundo? ¿Cuántas la esperanza en un día de cielo terso y radiante?

Hugh se apeó del *jeep* en el que viajaba y descendió al suelo sagrado de Canterbury, lecho todavía ardiente a causa de las bombas incendiarias que lo habían profanado. La devastación que coloreaba la ciudad con sus tonalidades cenicientas había obligado a los bomberos y a los equipos de Defensa Civil, incansables aportadores de luz en aquel apocalíptico paisaje, a invalidar algunas calles como cortafuegos. Butchery Lane era ya un callejón sin salida. Hugh escudriñó la calle en la que se hallaba en busca de signos de vida humana. Si podía serle útil a un semejante, aquella era la ocasión para hacerlo. Ningún discurso elocuente, ningún agitar de banderas, ningún himno patriótico, ningún desfile con uniformes deslumbrantes y vigoroso redoble de tambores lograría conmovérle tanto como ver dibujarse una expresión de alivio, como captar un destello de esperanza, en el rostro de otro ser humano.

El paso de los aviones sobre la ciudad en la que estaba enterrado Santo Tomás Becket era incesante, asemejándose a una congregación de nubarrones negros que vertiese una plaga compuesta de fuego, metralla y pánico sobre la tierra que yacía a sus pies. Tanto o más que el estallido, le causaba temor el rugido de aquellos transportadores de bombas dotados de alas, su sacrílega impunidad para aniquilar la paz humana desde aquellas altitudes que siempre le habían parecido territorio poco menos que divino. Un edificio saltó en pedazos a menos de trescientos metros de ella y los voluntarios de Defensa Civil, hombres sin miedo cuyo casco le recordaba de algún modo al caricaturesco yelmo de Don Quijote, salieron de ninguna parte, pugnando por penetrar en el informe caos de sus escombros en busca de un rescate milagroso. Las voces de aquellos héroes y de otros civiles no menos valerosos afirmaban en tonos que variaban entre la serenidad y la crispación que no quedaba nadie en aquella vivienda de la que ya solo permanecía en pie un endeble armazón calcinado. «Ahora es el momento», se decía con la voz todavía temblorosa. «Sal y busca el refugio antiaéreo. No te quedes en este rincón. Te has salvado por poco, pero puede que se produzca otro ataque dentro de un rato. Ponte en acción».

Sin embargo, aquellas órdenes provenientes del plano racional no lograban convencer en absoluto a sus paralizadas piernas. Estas no veían razón alguna para dejar atrás aquel comfortable recodo en el que se había ocultado cuando empezó el estruendo y vio a la gente correr en dirección al refugio antiaéreo. El miedo impedía que sus piernas se moviesen. Janet cerró los ojos como hacía desde niña cuando una situación la desbordaba, esperando que solo se tratase de un mal sueño y que, al abrirlos de nuevo, la pesadilla hubiese desaparecido. Pero aquel no era un miedo de niña, ni tampoco el bombardeo que estaba sufriendo la noble ciudad de Canterbury durante aquel día de 1942 tenía nada de pesadilla infantil. Janet pensó que debía llorar para relajar la tensión que ahogaba su capacidad reactiva, pero las lágrimas no afluyeron como ella pensaba. «Hasta el lagrimal se me ha paralizado de miedo», pensó, cerrando de nuevo los ojos y abandonándose a lo que tuviese que ocurrirle por destino. Entonces, como si fuese parte de una sucesión de escenas oníricas, sintió que alguien la levantaba por los brazos y la llevaba a cuestas, sin tocar el suelo. Se imaginó que tal vez fuera un ángel que velaba por ella, alguien que no deseaba que muriese todavía, que la animaba a seguir viviendo a pesar de todo, dejando atrás el miedo, los escombros y el fuego que rugía en las desnudas calles que durante toda su vida había visto vestidas de paz. Janet siempre había creído en la existencia de aquellos seres que vigilaban incansablemente a los humanos para que estos no se hiciesen daño, en sus aterciopeladas alas y en el intenso halo de luz con que aparecían representados en los grabados de los textos sagrados. Si se hallaba en los brazos protectores de un ángel, que no dejaba que sus piernas entumecidas de temor pusieran el pie sobre aquel suelo todavía caliente a raíz del impacto causado en su pavimento por las bombas alemanas que habían desmoronado varias casas del centro de Canterbury, Janet dudaba en abrir los ojos por si el resplandor de aquel ser de luz la cegaba. «¿Por qué no los abres, Janet?», se susurraba a sí misma, pensando que la perspectiva de perder la vista a causa de una sobreexposición a la luz angelical le asustaba muchí-

simo menos que la de caer víctima de la detonación de una bomba fría, cobarde y metálica. «Tal vez haya muerto sin darme cuenta y ahora me estén transportando allá arriba», añadió fantasiosamente. «Estoy en brazos de un mensajero que me lleva hacia la luz». El curso de estos pensamientos, desbocados por la imaginación y el shock de una experiencia traumática, tocó a su fin cuando Janet sintió que su cuerpo era depositado con exquisito cuidado sobre el mullido asiento de un vehículo de motor. El tacto de aquel asiento era inconfundiblemente terrenal, al igual que el posterior rugido del motor de un automóvil que acompañó a su puesta en marcha, segundos después. Entonces supo que el ser que la había recogido y transportado hasta allí era tan humano como ella, un ser de carne y hueso que había presenciado lo mismo que ella minutos antes y al que las piernas no le habían traicionado, pero que no por ello tenía menos de ángel. Janet abrió lentamente los ojos, heridos de improviso por la crudeza de la luz exterior. La figura que conducía el coche volvió un instante la cabeza y le dijo, con una sonrisa que ratificaba la primera opinión que se había formado de ella:

—Está a salvo. Me llamo Hugh Alderman y vamos camino de mi residencia, a cincuenta kilómetros de aquí. Ya me dirá después dónde vive y con qué personas desea ponerse en contacto. Ahora descanse y no se preocupe de nada.

Janet no pudo articular palabra. Se hallaba ya en ese cielo al que, momentos antes, creía que estaba siendo conducida en brazos de un ángel guardián. Su único movimiento fue acariciar tiernamente con los dedos la mejilla de su acompañante, sonriéndole con el agradecimiento más profundo que había sentido en sus treinta y ocho años de existencia, hasta que se quedó relajadamente dormida.



CAPÍTULO III

La señorita Stratton durmió aquella noche en la Casa de los Cuatro Puntos Cardinales. Lo recuerdo perfectamente. El señor Alderman había venido conduciendo desde Canterbury y, cuando llegó a la casa, nos pidió a Meg y a mí que preparásemos una habitación para su acompañante, una mujer que había sufrido una conmoción durante el ataque aéreo.

—Aún no lo sé, pero es muy probable que tenga que pasar la noche aquí —dijo. Y al momento añadió, bajando la voz, que no era necesario que se enterasen de aquel asunto ni su madre ni tampoco el señor Elspeth, el hermano de la señora, que en aquella época todavía habitaban la casa junto a nosotros tres y otros cuatro criados contratados posteriormente, adscritos exclusivamente al servicio de la madre del señor Hugh y su tío.

Los deseos del señor eran órdenes para Meg y para mí, ya que siempre habíamos recibido un trato amigable y justo de él, invitándonos a brindar con la familia Alderman en Nochevieja, proporcionándonos un aguinaldo más que generoso por Navidad y sendos sobres con cantidades de dinero variables, pero siempre bien acogidas en verano y durante la primera semana de abril. El señor Hugh siempre decía que sus empleados debían disfrutar de la vida para poder darle lo mejor que tenían, es decir, su tiempo y su esfuerzo y, cuando su madre o el señor Elspeth le recriminaban su familiaridad con la servidumbre, acostumbraba a repetir una de sus frases favoritas: «siendo miserable con los demás solo se obtienen miserables resultados». El señor Hugh jamás nos hizo

sentir inferiores, nunca nos miró por encima del hombro y era aficionado a aseverar, con gesto entre cínico y serio, que «lo único que le separaba de nosotros eran las huellas de sus pisadas». Según él, nosotros producíamos nuestras propias huellas al pisar, mientras que él pisaba una y otra vez sobre las mismas huellas donde habían pisado generaciones y generaciones de Alderman antes que él. Meg y yo nunca entendimos exactamente lo que el señor Hugh quería decir con aquella extraña frase, pero nos parecía que, de algún modo, no se sentía a gusto en la piel de heredero de una familia tan antigua como la suya. Era un hombre de mentalidad moderna a quien la vida le había asignado un papel distinto al que le habría gustado interpretar y, aun así, lo representaba con dignidad y sentido de la justicia. Aquella noche que vino conduciendo desde Canterbury con una pasajera desmayada en el asiento del copiloto, el señor Hugh, que estaba disfrutando de un permiso de una semana en Inglaterra, donde había volado desde El Cairo, donde se hallaba su regimiento, durmió muy poco. Yo le oía pasear con paso desazonado de un lado a otro de la biblioteca, haciendo crepitar el suelo de madera con su insomnio, empujando hacia un lado y otro las estanterías, subiéndose a la escalera para alcanzar aquellos libros a los que no llegaba ni estirándose de pie todo lo largo que era y hojeando volumen tras volumen con la indolencia del tiempo de recreo que se sabe precioso y limitado. Hacía tres meses que estaba ausente de la casa y se notaba que la añoraba profundamente. Aquella biblioteca, auténtica sala de estudio de la Casa de los Cuatro Puntos Cardinales, constituía su cuarto de juegos con tanta legitimidad como lo podían ser el lago y los brezales que pertenecían a los terrenos de la mansión en los que había jugado de niño y donde ahora se dedicaba a paseos meditativos. Supongo que el servicio activo como oficial en la guerra que tantas privaciones estaba causando en toda Europa a él le había privado fundamentalmente de vivir la vida que más le satisfacía dentro de los límites de su mundo, límites demarcados por los cuatro puntos cardinales hacia los que parecía apuntar la mansión solariega que nos daba trabajo

y cobijo. Mientras el señor Hugh se entregaba al placer del ocio de la lectura y a provocar inquietantes crujidos, como un fantasma insomne, en el suelo de la biblioteca, Meg se había hecho cargo de la señorita Stratton. Bajo sus esmerados cuidados, aquella mujer, conmocionada por el ataque que había venido inesperadamente de un cielo al que acostumbraba a reverenciar, pronto recuperó el sentido. Fue entonces cuando me pidió que subiese a informar al señor Hugh de que «la dama desvanecida», por utilizar las mismas palabras de Meg, inspiradas en el título de una comedia musical que hacía furor en aquellos días, había abierto los ojos.